

2.000

ANDRES ELOY BLANCO

C A R A C A S 2000

Caracas: ciudad venezolana;
un millón de cabezas
veteadas de cruzamientos.
Multitud irisada en cuatro resultantes
del récipe inmigratorio
sobre el criollo ajustado al punto de canela.

Turbas de atletas adolescentes.

Lentas barbas de vaho
bajo las bocas licenciadas de los primeros sementales

Prietas, blancas y ágiles mujeres;
máquina de amor internacional
con fuselaje criollo.

Largo pueblo, aromado de jabón y de escuela.
Una voz de frutero que acerca las montañas.

Casas llenándose de gritos de la calle,
como goletas con vías de agua.
Póstigos mal cerrados, vaciándose de cantos.

El transeúnte cata la mistela de vientre
que le da una mujer asomada a un perfume.

En la Plaza Bolívar
-sin barandas, sin mosaicos,
sin hombres a media ración-
árbol, estanque, velas de balandros,
juguetería,
y lobos, nurses, bancos,
niños
y
Bolívar .

En la Plaza, cercada de mármoles,
la Catedral, la Escuela,
la Casa de Comunicaciones,
la Casa de la Ley,
el Palacio del Pueblo, con sus altoparlantes
que dan la pulsación de la Casa Gremial.

En la plaza se cruzan las avenidas caudalosas,
con sus taludes de frontis sacudidos de ofertas.

Calles con columnatas
entre casas de pocos pisos,
calles sin rieles
con almacenes puestos sobre las manos
en la intriga del escaparate,
como el anteojo de las mujeres miopes.

El gallardete de una Mensajería
anuncia la zarpada de los barcos del pueblo
que van a Oriente, al Zulia, al Orinoco, al Mundo,
sobre la mar de todos,
ahora que la mar es de la tierra.

La radio de los rotativos
suelta voces de los cuatro puntos del Universo.
-Llegan voces de Africa
y voces del Polo,
como grifos que dan agua fría o caliente-

Del perímetro vienen los alaridos nuevos
que hacía los barrios de Antimano
y hacía los declives de Chacao
da la ciudad de veinte pisos.

Al Sur, el barrio obrero
tira al aire su gorra de jardines.

Los ómnibus sirven mujeres cosechadas
en las nobles arboledas del Paraíso,

Al cruzarse dos aviones,
una alondra se salva en un hilo de vuelo.
Una pausa inaudita interviene en los rumbos
cuando pasa una anciana que da la mano a un viejo.

Sobre el cerro del Calvario,
el Botánico y el Zoológico;
los niños rodean al Panteón, bien lleno de pasado,
bien exonerado de actuación,
bien saludado de Porvenir.

Sobre el Observatorio, una tertulia de planetas
conversa en esperanto sideral.

El saracorchos del tren eléctrico,
destapando al Avila por el túnel
brinda al valle el champaña seco del Mar Caribe.

A la puerta de la universidad
los niños juegan frente al monumento de febrero,
que es un grupo de mozos y mozas con boinas.

Frente a la Casa de los Gremios
se otorga a las mujeres
el premio de Maternidad.

Ya es hora de paseo
y hemos de ir al Parque de los Mártires.

Este es el Parque amado de los niños.
De un lado, el auditorium,
del otro lado, el Museo de la Infancia.

Son dos circos gemelos
hechos sobre los circos de las viejas Rotundas.
Lo que fue Cárcel política
es aula de conferencia;
lo que fue ergástula
es laboratorio experimental de venezolanos.

En el viejo patio de la Cárcel,
está el Parque de los Mártires;
el monumento
con su baranda hecha con grillos y cadenas
y con su estela de mármol
que tiene escritos los nombres de los patriotas muertos.

Un niño
Se ha dormido sobre una de las cuatro pirámides
-hechas también con hierros de tortura-
una golondrina
ha rozado el metal mohoso de las barras
y el frío ha subrayado los síncope del mármol.

Mil niños llenan el parque;
al cruzarse dos jóvenes,
dos pudores se salvan en un hilo de miedo
y una pausa inaudita interviene en los rumbos
cuando llega una anciana que da la mano a un viejo.

Le redean los niños.

Es un viejo que ya se va
y que tuvo veinte años para el año 18.
Dijo a todos los niños del Parque de los Mártires:
-Esta es mi novia:
nos casábamos el 28.
Ya estaba a punto de sembrarla y le ofrecí una carga de hijos,
era cogida en la sabana y cada vez que nos mirábamos
nuestros ojos se retardaban en un cálculo de cosecha.

Aquí me trajeron de noche,
aquí me cargaron de fierros
y me colgaron de una viga hasta sacarme las palabras,
y al quedar en el suelo, miré que arriba estaba
el terrón con que Dios hizo mi mundo,
mi pedazo de varón ahorcado.

2000

La santa fibra del testículo
goteaba en mi cabeza de buey
que arrastra la labranza estéril de mi cuerpo.

No sé ni cuantos hijos me mataron entonces.
La novia quedó así, cerrada como piedra.
Era tierra que daba diez hijos con buen riego.

Pero al que más lloramos fue al mayor de los hijos,
el que casi le tuve a flor de vientre.
Se hubiera llamado Juan y habría sido carpintero.-
Fue un asombro universal
cuando avanzó un buen mozo de boina,
subió las gradas del Monumento
y en la estela que tiene la lista de los Mártires
escribió: El Compañero Juan, Carpintero.

De: BAEDEKER 2000.-Venezuela.-Editorial Cordillera.1938-pag.157.-